

H

A muerto «Juanacha» — Juan

Arias Barco, — en un primero de Diciembre, día

de cierzo helado, en plena época de las matanzas que fueron su momento de esplendor desde que aprendió a andar.

Me ha afectado bastante la muerte de «Juanacha». Tuve trato con él desde chico y nunca olvidamos ni dejamos de hacer honor a aquella relación.

Se crió en la calle de la Victoria, en una casa pequeñaja que había entre la de «Pablete», esquina a la callejuela de la «tía Negrita» frente al alterón de las «Mudillas» y la de Jesús Ortega, el popular barbero que vivía más arriba de Paulino el de las «Cristas», frente a «Botines», ocupada después por Juan José Muñoz. Allí lució también, una de las más lozanas flores de aquel tiempo, la Teófila Cervantes, que se casó con Pedro Correas, el de la «Junquilla».

Juan Andrés, padre de «Juanacha», era sereno en la época del «Aragán», del Siro, del «Majo» y de Mínguez «el Colchonero», padre del cura Polonio, y en los inviernos mataba gorrinos. Ese es el origen del último y definitivo oficio de «Juanacha»; en el que tan buen ejemplo ha dado, porque desde pequeño llevaba el esportillo a su padre y le ayudaba en su trabajo. Al mismo tiempo era aprendiz de albañil y monaguillo, con el de «Sopas» y «Farola», los que se fueron a los frailes, pero aquellos primeros pasos al lado de su padre fueron los que decidieron su porvenir y le dieron facha y maneras.

La accidentalidad de las matanzas lo lanzó a otras ocupaciones, pero él era carnicero desde la cuna y por eso sobresalió.

Un poco abierto de piernas y de brazos, como todos los del oficio, ni alto ni bajo, con las manos nudosas, de dedos oblicuos por el esfuerzo continuo de sujetar la carne escurridiza y ofrecerla, movediza pero segura, al filo de la cuchilla.

Su madre, mujer delicada, entristecida, siempre con su pañuelo de merino al cuello y la horquilla larga cruzándole el rodete,

El aguardiente de las matanzas lo empapó un poco, como las nieblas y escarchas de las mañanas decembrinas, pero tuvo la virtud de

«Juanacha»

advertir su perjuicio y dejarlo, consagrándose al trabajo como una fiera y cambiar totalmente

su situación, muy estimulado y sostenido por la Marcelitana de «Guarguero».

Su padre me dió muchas veces la vegiga del gorrino, para restregarla en la ceniza caliente e inflarla con el carrizo.

Ví, año por año, cómo iba repitiendo los actos y los dichos de su padre, creyéndose siempre más habil y más fuerte que él: las frases humorísticas dirigidas al animal: «no chilles, que esto no va a ser ná», «apartaros, que se va a estirar de gusto», cuando le escaldaba la papada, mientras que le sujetaba la jeta con la cuchara de gancho para hacerle la barba.

Cuando arrinconó a su padre, le dió el mundo la razón, olvidando totalmente a Juan Andrés, (el mejor matador), que no le quedó más consuelo que el de la copilla de aguardiente, para sobrellevar el desvío. «Juanacha» fué un buen hijo, pero no iba a ser el único que se viera libre de la estulticia juvenil.

Veo desde la altura el sendero de su vida, cortada ya. Me abruma la soledad del camino y recuerdo tristemente una tarde de toros reciente. Sus hijos, ágiles y diestros, deshacían las reses y casi llegaron a matarlas en el ruedo. «Juanacha» trataba de imponer su cordura, su experiencia, pero la realidad le estaba diciendo a gritos: «¡quítese Vd. padre, apártesel!» Y se quitó, solico, anodadado, con el encogimiento de la muerte reflejado en la cara. Juan Andrés hubiera sido, de vivir, la única persona capaz de comprender aquella tristeza, y, mirándole de reojo, como solía, con sus ojos enrojecidos y turbios y la cara amoratada, lo hubiera abrazado compungido, y en vez del «haz lo que quieras» que tantas veces le dijo, le hubiera consolado sin mostrarle el desengaño, porque el amor del padre al hijo es el único que resiste todas las pruebas, sin excluir la del tiempo, y se aviva en cuanto advierte el menor quebranto del descendiente.

¡Lástima que eso no se sepa ni se aprecie, sino alrededor de la Pascua de cada uno!

